

JUAN VAN KESSEL Y PORFIRIO ENRÍQUEZ SALAS

Señas y señaleros de la madre tierra. Agronomía andina. Instituto para el Estudio y la Cultura Andina, Iquique, Abya Yala, Quito, Ecuador. 2002, 308 págs.

Una auténtica “agronomía andina” en sentido estricto, sería de acuerdo a su etimología básica, aquella que establece las normas precisas (nomos), y los requisitos indispensables para la crianza exitosa de las especies vegetales de consumo humano en el agro del Ande. ¿De qué normas hablamos aquí? Nuestros agrónomos nos las indicarán con precisión: el análisis de las características físicas y químicas del suelo, de la calidad del agua, y de la caracterización del clima en la zona aludida. Suelo, agua y clima son los tres componentes básicos que examina el ingeniero agrónomo. El conocimiento y estudio de las especies vegetales domésticas y sus requerimientos en materia de agua, suelo y clima, es el componente botánico substancial que debe manejar el agrónomo de nuestros países para titularse como “experto en el agro”. O sea, es todo lo que cree necesitar el agricultor occidental para lograr extraer los productos agrícolas tanto para su propia subsistencia, como para el mercado.

Su conocimiento resulta ser, así, básicamente libresco y de gabinete. Y por añadidura, generalizante y universalizante. Lo ha aprendido en numerosísimas cátedras: de genética, embriología, taxonomía, de zoología (componente animal, generalmente plagas), botánica (componente vegetal), pedología (suelos), hidrología (fuentes de suministro de agua), química (del suelo, del agua, herbicidas), ecología (comportamiento de las especies en relación con su medio). Agreguemos cursos de geografía física (si los hay), abonos sintéticos, mucha matemática y estadística, economía, inglés básico, contabilidad o comercio, estudio de mercado o mercadotecnia, y tenemos semi dibujada la malla curricular de un agrónomo formado - casi de idéntica manera- en Puno, o en Lima (Perú), en Valparaíso o en Iquique (Chile), en Quito o en Esmeraldas (Ecuador), en Rosario o en Neuquén (Argentina).

Se presume que el estudio del agro y el modo de producir en éste, pertenece al conocimiento universal. Los textos son universales, los laboratorios e instrumental también, los herbicidas o plaguicidas, también; las especies vegetales o animales, también. La historia de la agricultura, también. Las metas, también son universales: obtener la máxima productividad en el mínimo

espacio disponible. El objetivo uno solo: alimentar a la especie humana. El lugar de observación en terreno siempre el mismo, con bastante suerte, alguna Estación Agrícola Experimental universitaria (¡ahora las universidades las están desmantelando por no ser rentables!).

Es decir, todo el conocimiento envasado que se recibe se estima aplicable en cualquier región del planeta; es casi el mismo, en cualquier parte, con escasas variantes locales. Poca experiencia de terreno (resulta muy cara), poquísimo conocimiento del medio social local y de su historia regional, nada de arqueología, muy poco de sociología rural, nada de costumbres o folklore local, nada de ética natural, nada de economía sustentable, nada de geografía humana, o de antropología social, absolutamente nada de estudio del pensamiento religioso andino o cosmovisión andina, o rituales de producción. Y, sin embargo, presume ser “una agronomía para los andinos”.

Nada más diferente a esto es una agronomía realmente andina. Nos referiremos a ella, porque de eso trata este insinuante libro, desafiante, provocador. Porque aquí se nos presenta “la otra agronomía”, aquella hecha por los andinos mismos, aquella anclada en su experiencia multisecular, aquella que ha aprendido de éxitos y derrotas, aquella cuyo know how es la experiencia capitalizada en cada comunidad a lo largo de los ciclos del tiempo. Aquella, por fin, que ha comprendido que cada área, cada región posee sus propias “normas”, las que no son necesariamente aplicables por doquier. Aquella, en una palabra, que nos enseña que en cada lugar se debe hacer una agronomía “distinta”. Simplemente por que todos los lugares son distintos, muy distintos.

Cuando Linneo nos enseñaba, en su “Systema Naturae”, que la naturaleza reconocía formas semejantes, agrupaciones animales o vegetales (Phylum, Clases, Ordenes, Tribus, Familias, Géneros) que convenía denominar, en todo el mundo, de una sola manera para que nos entendiéramos, hablando un mismo lenguaje, inaugurando así el sistema binominal (género y especie) o clasificadorio en la taxonomía, de ningún modo quiso decir con ello que la Naturaleza era reducible, en su diversidad, a esquemas fijos, inmutables. O que esta denominación percibía la totalidad del ser en cuestión. O que la Naturaleza era una, y fácilmente encasillable en fáciles esquemas mentales. Solo quiso aportarnos un valioso elemento discriminador entre grupos animales o vegetales, permitiendo un diálogo internacional entre los expertos. Pero el sabía bien que *Solanum tuberosum*, por ejemplo, designando con ese nombre

a la “papa” andina, de modo alguno tomaba en consideración sus diferencias notables en variedades fenomenológicas, gustos, sabores, olores, o capacidad de resistir heladas o vientos huracanados. Es decir, establecía un simple código de reconocimiento nominal de las especies, sin pronunciarse, en modo alguno, acerca de su riquísima diversidad (genética, riqueza calórica, vitamínica, o de biodiversidad, etc.) presente en los diversos nichos ecológicos. Nada más diferente que las especies nativas de papas que se crían en el Altiplano de Puno y las propias de la Isla de Chiloé (X Región de Chile), reconocidos ambos como “centros de difusión Vavilov”.

El libro que presentamos nos enseña otra vía, muy diferente, de llegar a la verdad profunda sobre la “crianza de la vida en la chacra”. Es la terminología que usa. No se trata de producir, se trata de criar, como la madre que cría un hijo muy querido. El trato entre agricultor y chacra es como el de la madre y su hijo. Es una relación que dista mucho del interés económico (la mera búsqueda del “producto” económico). Y tiene su profunda filosofía subyacente, es decir, una honda sabiduría de fondo. No se trata aquí, pues, de un simple “trabajo” más. Se trata aquí de “criar la vida” en “ese” lugar. Es decir, el hombre emprende un diálogo con los seres que protegen o constituyen esa Naturaleza lugareña, local para solicitarle los medios para vivir. Porque todos tienen derecho a la vida: hombres, animales y plantas.

La Naturaleza para el andino es un todo. No es el medio inerte, sino la suma de todo lo que existe en el lugar (lo biótico y lo abiótico) y cuyo recto control mediante el ritual sagrado determina el éxito o fracaso de la labor de siembra. Esta Naturaleza es “nutricia”, es decir, tiene por misión nutrir, alimentar al hombre (runa). Y por eso mismo es “madre” (Pachamama). Muchos seres conforman esta Pachamama. Con todos ellos el agricultor andino debe dialogar, solicitar, pedir, suplicar, impetrar. Aquí yace está la explicación, la esencia misma del rito. Y esta actitud es la que se expresa filialmente en sus oraciones y rezos. Es la “conversación” (los rezos) y el “pago” (el ritual) consiguiente que ejecuta para tener propicios a los mallkus (cerros), a los achachilas, a los juturis, serenos y tantos otros seres que pueblan las chacras, las lagunas, las ciénagas, las peñas, los montes. Esta respetuosa “conversación” también se realiza, igualmente, con los agentes climáticos que deciden la suerte de la chacra: las heladas, el granizo, el viento (los llamados hermanos “Chicotillos”).

Tratemos de sintetizar -si cabe- las ideas básicas de una auténtica agronomía andina. A través de ellas podremos vislumbrar su inmensa riqueza contenida en su actuar diario en la chacra, su lugar de vida.

1. La chacra es el centro de experimentación diario del agricultor andino, del hombre y de la mujer andina. Ambos realizan labores en la chacra. Porque esta actividad, al igual que el rito, se ejecuta en parejas.

2. Pero, a la vez, es el lugar del diálogo diario con la Naturaleza y sus agentes.

3. Pero la chacra no es el lugar propio para un solo cultivo, sino es el lugar de vida de un conjunto de cultivos que entre sí sintonizan, fraternizan; es decir “hablan entre ellos”, “son familiares”;

4. Cada chacra se encuentra en un microhábitat particular, especialmente elegido por el agricultor, de acuerdo a sus características climáticas, de suelo o de exposición solar. Este microhábitat es perfectamente conocido por el agricultor, desde hace generaciones. Es decir, existe una historia no escrita de la capacidad del lugar para tales o cuales variedades o especies.

5. Este es uno de los conocimientos más preciados para el agricultor andino: su “conocimiento” o “ciencia” específica.

6. Cada lugar, además, posee sus propias señas; éstas avisan o advierten al agricultor sobre la oportunidad o no de sembrar, o de cambiar de lugar, o de retrasar la siembra. Estas señas son animales (insectos, aves, reptiles, mamíferos) los que con mucha anterioridad al evento de la siembra se comportan de una determinada manera, que el agricultor “lee” e “interpreta” en su conducta. Ellos, pues, son los “señaleros” del agricultor, sus “guías y prácticos” en la agricultura de su chacra.

7. El agricultor inicia un “diálogo” respetuoso con esas “señas”, invitándolas a colaborar en el trabajo de la chacra. Pero si las “señas” son negativas, el agricultor cambia de lugar la chacra, o posterga su trabajo. No insistirá en ir contra su dictamen.

8. Aquí radica, tal vez, el origen la costumbre antiquísima del agricultor andino de poseer diversos sitios ecológicos (chacras a diversas alturas), para sembrar donde en ese momento, según las señas recibidas, sea más propicio

sembrar tales o cuales especies. De aquí surge el llamado “control de diversos pisos ecológicos”, estudiado por John Murra.

9. Una vez sembrada la chacra, el agricultor tendrá especial cuidado de tener un diálogo afectuoso con los tres agentes perturbadores del clima, los que podrían ocasionar un desastre: los tres hermanos Chicotillos que controlan las heladas, el granizo y los vientos. Este diálogo involucra la realización de ritos especiales.

10. Así, la vida del agricultor andino que cría diariamente su chacra es un encuentro diario entre los runa (hombres), la sallqa (Naturaleza) y las wakas (deidades rectoras del resultado del proceso agrícola). Es la que se ha llamado “pachavivencia” como expresión de una conducta ética y del trabajo. Diríamos una especie de “ecología profunda”, que reconoce, eso sí, la participación en el sistema de la divinidad (Dios o las wakas).

11. La vida ética personal del agricultor, es decir, su comportamiento moral para con su familia (esposa e hijos) es de gran importancia para la perfecta realización del rito. Es parte vital de la armonía que debe reinar entre runa (hombres) y wakas (deidades). Su mal comportamiento moral, incidirá, pues, negativamente en el resultado de su chacra. Su “pecado” personal inducirá el fracaso agrícola. Su fracaso agrícola, será signo (“seña”, también) de un mal comportamiento ético personal.

12. Se da aquí, pues, una notable concordancia entre ética personal y ética social, entre ética personal y ética ecológica o comportamiento ante el ecosistema.

Hemos terminado, con unción casi religiosa, inmersos en una cosmovisión muy sugerente, muy profunda, que contempla la relación íntima de lo creado y las potencias creadoras. En suma, para el hombre andino, el sistema es uno solo, sólidamente integrado. No como para nosotros los occidentales que reconocemos tres sistemas: un sistema natural, un sistema social y un sistema moral-religioso, como parcial o enteramente distintos, separados, pero jamás integrados. Nuestro hombre occidental, tal vez por eso, está dividido, escindido entre tres mundos, sin saber exactamente hacia donde dirigir sus pasos. Perdió la síntesis que primó en la época medieval entre hombre y Dios. Y hoy se encuentra sin brújula ni Norte. El andino, en cambio, marcha con pie seguro en pos de su futuro, confiado en su Pachamama y en sus “señaleros”, con los que mantiene vínculos perennes de confianza, respeto y amor filial.

A estas reflexiones, profundas, religiosas, nos invita el excelente libro que nos ofrecen, una vez más, Juan Van Kessel y Porfirio Enríquez; un sociólogo-antropólogo y un antropólogo y lingüista quechua peruano. Europa y América india unidas en un solo esfuerzo de reflexión transdisciplinaria.

*Dr. Horacio Larrain Barros.
Antropólogo y ecólogo cultural.
IECTA, Iquique*